

## Nuevos colegiales

En la noche del 20 del pasado se verificó en la Aula Máxima la recepción de los nuevos colegiales bachilleres don Campo Elías Achury, á quien adjudicó la primera colegiatura el Excelentísimo señor Patrono del Colegio, y los señores Luis Alejandro Tapias y Tobías Monroy, á quienes la Consiliatura otorgó tan honrosa distinción.

Esta ceremonia es un acto que, por su misma sencillez, tiene un carácter de solemnidad peculiar; es una fiesta de hogar henchida de sinceridad y de afectos; asiste á ella todo el Claustro, los catedráticos y algunos caballeros previamente invitados. Dura poco tiempo, no hay en ella discursos, ni orquesta, ni más adornos de forma; el juramento, unas breves palabras de gratitud, dichas por uno de los agraciados, algunas frases del Rector, cortas pero inolvidables; la imposición de las medallas, la entrega de los diplomas, y por último, el tradicional abrazo de bienvenida dado á los nuevos por los antiguos colegiales. Tal es la función; pero hay en ella algo que queda grabado en el corazón de modo indeleble, algo que cuando el hombre mira blanquearse su cabeza y cuando advierte las arrugas que abrieran los desengaños en sus mejillas, surge del fondo de su alma, como el más puro de los recuerdos, como la más hermosa reminiscencia de las alegrías pasadas.

Tanto los que hemos presenciado en otras ocasiones el otorgamiento de ese premio, como los que por primera vez vinieron este año á nuestro Claustro, deseábamos la llegada de esa fecha con verdadera novelería. ¿Qué habría de decirles este año el Rector á los nuevos colegiales y qué habrían de prometerle ellos? Ambas preguntas están ya satisfechas; el señor Rector, después de recibirles el cuádruple juramento, les hizo ver cuánta era la gravedad de la promesa que acababan de prestar; como el ser colegial del Rosario es título de honor y objeto de legítimo orgullo

para todo colombiano bien nacido, manifestóles cómo sin tener méritos el Colegio los hacía hijos suyos, porque tiene fundada esperanza, dado su juramento de católicos, lo arraigado de su fe y lo irreprochable de su conducta, de que habrán de ser leales á sus constituciones, á su espíritu y á sus doctrinas; díjoles que para ellos especialmente, y para todos los jóvenes de nuestra patria, debía ser aspiración nobilísima el que pudiera grabarse en la lápida de cada uno esta inscripción: Fue buen hijo del Colegio del Rosario.

El señor Achury contestó al señor Rector en la siguiente oración:

Señor Rector:

Correspóndeme la honrosa distinción, en el acto solemne que nos congrega, de representar á mis compañeros, y en su nombre y en el mío daros, en la nota más alta, nuestro agradecimiento por la merced inmerecida que de Vos en esta noche recibimos. Para hacerlo, y para poner de relieve vuestra generosidad y nuestros pocos méritos, y en fin para expresar los sentimientos íntimos que en nuestras almas despertaron al ser recibidos hijos del Colegio; permitidme que me revista, no con las pomposas vestiduras de la forma, sin con el lenguaje sincero del corazón.

Temerosos, avergonzados quizá, llegaríamos hasta aquí, si vuestra generosidad no supliera nuestra carencia de méritos, como había antes vuestra munificencia abierto para nosotros este santuario de ciencia y de virtud, y si hoy hemos de lastimar vuestra modestia al recordar tantos favores, es porque nuestra gratitud no tiene otro modo de expresarlo, y como ya lo dijo uno de vuestros discípulos,—las deudas del alma no se pagan en secreto. Grande y justa es hoy nuestra alegría; pero mayor será nuestra tristeza el día que hayamos de alejarnos de este hogar que tanto hemos amado; y cuando el hombre de mañana haya reemplazado al joven de hoy, cuando todas las ilusiones que al salir de aquí llenaban nuestros corazones se hayan disipado, sólo nos quedará el recuerdo del día en que nuestros nombres quedaron inscritos entre los de los hijos del Colegio, y ante la vista de la cruz de Calatrava, simbólica de la ciencia y de la fe,

vendremos otra vez con el espíritu á recorrer estos claustros de la casa paterna, y en alas del recuerdo escucharemos una vez más las frases sapientes del maestro y las cariñosas palabras del amigo.

Que para entonces podamos decir, señor Rector, en lo íntimo de nuestras almas, que hemos sido dignos discípulos vuestros, que la semilla que pusisteis cuidadoso en nuestros corazones no ha quedado sin fruto. Tales son nuestros más fervientes votos.

He dicho.

J. A. C.

## Ignacio Gutiérrez Vergara

Señalamos como día fausto en nuestros anales, el domingo 21 de Abril, en que se inauguró, frente al palacio de San Francisco, el busto de mármol del doctor IGNACIO GUTIÉRREZ VERGARA, hijo ilustre del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1).

Los Gutiérrez, oriundos de noble cepa española, se educaron todos en el clásico instituto de Fray Cristóbal de Torres. En el señor don Pantaleón, el *patriarca* de Santafé de Bogotá, se unieron el vivir y porte señorial, con una fe ilustrada y maciza, y la caridad legendaria de quien no se estimaba dueño de sus caudales, sino simple administrador de la hacienda de los pobres. Su hijo, don José Gregorio, juntó á las calidades del padre, ciencia vastísima en letras y derecho; y don IGNACIO, por ley de herencia, benéfica en este caso, recibió las virtudes del abuelo, la sabiduría del genitor, el patriotismo de entrambos.

Era el 5 de Julio de 1816. De las aulas, altas y bajas del Colegio del Rosario, convertido en prisión de nobles por el pacificador Morillo, iban los soldados sacando á los próceres, menos á uno, á quien se notificaba la sentencia de muerte para el siguiente día. Mientras tanto los demás da-

(1) El busto, obra excelente, fue tallado por los escultores colombianos don Silvano y don Polidoro Cuéllar.